



Domingo III T.Ordinario

Jornada de la Infancia Misionera

El evangelista Mateo nos relata hoy el comienzo del ministerio de Jesús. Al igual que en Marcos, este comienzo tiene lugar después del bautismo del Señor en el Jordán (cf. Mt 3, 13-17) y de las tentaciones que afronta victoriosamente en el desierto (cf. Mt 4,1-11). Más en concreto, Jesús comienza su actividad de maestro y profeta “al enterarse de que habían arrestado a Juan”. Entonces se retira a Galilea, la región de la que procedía y de la que había salido para ir al encuentro de Juan en Judea. Aquí medita sobre el arresto de su maestro y comprende que ha llegado la hora de comenzar su ministerio público, porque con la venida de Juan se ha cumplido ya el tiempo de la Ley y los Profetas (Mt 11, 11-15).

Con profunda comprensión espiritual, Mateo interpreta la opción de Jesús de dirigirse a Cafarnaún, en el territorio de Zabulón y Neftalí, Galilea de los gentiles, como cumplimiento de la profecía de Isaías: “El pueblo que habitaba en tinieblas vio una luz grande, a los que habitaban en tierra y sombras de muerte, una luz les brilló” (Is 9, 1). Sí, la salvación de aquellas tierras predicha por el profeta comienza a realizarse con la presencia y la actividad de Jesús precisamente en aquella región fronteriza habitada por judíos y paganos. Jesús es anunciado como “la luz verdadera, que alumbra a todo hombre” (Jn 1, 9). Y él mismo dirá “Yo soy la luz del mundo” (Jn 8,12).

Jesús comienza a predicar diciendo: “Convertíos, porque está cerca el Reino de los cielos”. Se trata de las mismas palabras que anunciaba Juan el Bautista (cf. Mt 3, 2); así se indica que Jesús continúa la misión del Precursor. Como Juan Bautista, también Jesús llama a volver a Dios mediante un cambio real de mentalidad y conducta. Pero en sus palabras el acento recae sobre todo en la afirmación de que “está cerca el Reino de los cielos”, porque el Reino está ya presente en él, el nuevo maestro y profeta acreditado como el Hijo amado, en quien el Padre se complace (Mt 3,17); sobre él reina Dios de modo pleno y único. Esta es la buena noticia por excelencia, fuente de nuestra conversión: somos llamados a acoger la acción que Dios ha realizado en Jesús para la salvación de todos los hombres. Así nuestra vida será renovada, porque sobre nosotros reinará Dios. Es necesario convertirse a Dios para permitirle reinar sobre nosotros. Así es como el Reino de Dios se hace presente en medio de nosotros y dentro de nosotros.

Se trata, en efecto, de un reino que no es de este mundo, como aclarará Jesús ante Pilato (Jn 18, 36). Los judíos esperaban la manifestación del reino de Dios en la tierra, que debería cambiar el aspecto del mundo, trayendo justicia, paz, amor y alegría. Jesús afirma que este reino se ha acercado; pero añade que, para entrar en Él, es menester convertirse. De este modo, muestra que no considera el reino de los cielos como un hecho político, que no requiere ninguna conversión, sino como un reino que se establece en los corazones, por medio de la conversión.



Carlos López Hernández

El evangelista cuenta, a continuación, la vocación de los primeros apóstoles: Simón y Andrés, Santiago y Juan. Es significativo que Jesús, desde el comienzo de su ministerio, quisiera llamar a algunos hombres para asociarlos a su ministerio. Jesús no se presenta como un personaje solitario, que pretende realizar su obra por sí solo, sin la colaboración de nadie. Habría podido hacerlo, porque es verdaderamente único: el Hijo de Dios hecho hombre. Sin embargo, quiso llamar enseguida a los apóstoles para asociarlos a su obra de salvación. Jesús une así las dos dimensiones del amor: muestra su amor al Padre celestial, porque predica el reino de Dios; y el amor a los hermanos, porque los asocia a su obra.

Y esto es lo que acontece con los primeros que acogen el evangelio del Señor y comienzan a seguirlo. Mientras camina junto al mar de Galilea, Jesús fija su mirada de amor en dos parejas de hermanos que están ocupados en su tarea de pescadores. Jesús se dirige a ellos con una palabra llena de autoridad: “Seguidme”. Tal invitación va acompañada de una promesa de fecundidad: “Os haré pescadores de hombres”. Les promete así establecerlos en un plano completamente distinto: no en el de coger peces, sino en el de pescar hombres, para liberarles del mal y proporcionarles una existencia verdaderamente digna del hombre; la existencia de hijos de Dios. De esta manera concreta, el Reino llega a estas personas y la luz del Mesías Jesús las ilumina, dándoles la fuerza necesaria para dejarlo todo y seguirlo.

El relato subraya que los cuatro primeros discípulos obedecen “inmediatamente” a la llamada de Jesús. Esta respuesta inmediata de los discípulos manifiesta la eficacia de la palabra de Jesús, y es el signo de que en Jesús el Reino de Dios ha irrumpido en la historia y ha llegado la plenitud del tiempo: El Evangelio de Marcos proclamará: “Se ha cumplido el tiempo y está cerca el reino de Dios” (Mc 1, 15). En la primera carta a los Corintios, Pablo escribirá “que el momento es apremiante” (1 Cor 7, 29) y hay que vivir ya en este mundo como si no disfrutáramos de él, “porque la representación de este mundo se termina”.

La Jornada de la Infancia misionera nos recuerda que incluso los niños han sido asociados por Jesús a su obra de salvación; y que lo han sido por especial amor de predilección de Jesús. Su actuación pública comienza en una región despreciada como Galilea y se dirige en primer lugar a los más pequeños, los más sencillos y humildes, los más pobres. De ellos, y de los niños, es especialmente el reino de los cielos; con la sencillez, humildad y confianza de un niño es necesario acoger el anuncio del reino de Dios.

La segunda lectura nos permite subrayar otro aspecto del seguimiento de Jesús: los apóstoles son sus instrumentos; la obra es siempre la obra de Jesús, y los apóstoles no pueden pretender ser importantes.

Pablo dice esto porque hay muchas discordias entre los cristianos en Corinto a causa del culto a la personalidad. Algunos van diciendo “Yo soy de Pablo”, y otros “Yo soy de Apolo”. Apolo no era ni siquiera apóstol, sino un discípulo dotado de una gran



elocuencia, buen conocedor de la Biblia y con una gran capacidad de atracción. Otros van diciendo también: "o soy de Pedro". Los cristianos de Corinto andan divididos porque se adhieren a las personas de los diferentes apóstoles y así dividen el cuerpo de Cristo. Pablo reacciona vigorosamente ante esta situación y les pregunta: "¿Está dividido Cristo? ¿Ha muerto Pablo en la cruz por vosotros? ¿habéis sido bautizados en nombre de Pablo?"

Está claro que sólo Cristo ha sido crucificado por todos los hombres, y que el bautismo se administra en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y no en el de Pablo o en el de Pedro.

Esta enseñanza sigue siendo hoy tan aleccionadora como en tiempo de Pablo. Y nos muestra ahora la dirección a seguir en el camino de búsqueda de la unidad de las iglesias y comunidades eclesiales cristianas. La unidad se alcanza centrando la mirada en la obra de Cristo y refiriendo a él mismo el significado eclesial del ministerio apostólico de los diversos testigos de su Evangelio.

En nuestros días, unos somos del Papa de Roma, otros del Patriarcado de Constantinopla o de Rusia; otros son de la Iglesia de Inglaterra, o de la Iglesia Evangélica. A todos nos sigue interrogando Pablo: "¿Está dividido Cristo?". Sólo Cristo, el único que ha dado la vida por todos, tenemos que hallar de nuevo la unidad perdida y ahora por todos cada día más anhelada. Sólo desde Cristo hallaremos de nuevo el camino hacia aquel que él ha puesto como Kefa, como piedra, como Pedro al servicio de la unidad visible de su Iglesia. Pedro no quiere hoy ser un obstáculo entre Cristo y los hombres por los que ha sido crucificado. Pedro nos alienta hoy a implorar la gracia de la unidad, por la vía de la comunión en el amor fraterno, en la escucha orante de la Palabra de Cristo y mediante el diálogo teológico de la verdad. Al unirnos en la comunión del único Cuerpo de Cristo, la eucaristía es para nosotros la fuente del amor y de la verdad; así es el camino hacia la plena comunión con todos los discípulos del único Señor y Cristo.

Salamanca, 23 de enero de 2011